

CALIDAD INSTITUCIONAL ES IGUAL A MEJOR CALIDAD DE VIDA

Por el Lic. Aldo M. Abram, economista y Director del CIIMA-ESEADE

Romper con el facilismo de votar líderes iluminados que nos resuelvan las cosas, con ese gusto por el paternalismo que nos configura como una sociedad adolescente, y empezar a mejorar las instituciones empezando por uno mismo. Tal fue el núcleo de la disertación del economista Aldo Abram el pasado noviembre, en el marco del curso de formación de dirigentes del CEIDA 2007/2008, en la SRA

“Es preciso cambiar una tendencia de la Argentina a la decadencia que lleva muchos años. Esto no va a cambiar por una verdad revelada o una crisis que haga que el gobierno caiga y venga otro que arregle las cosas. Esto va a cambiar en la medida en que uno le muestre a la gente que hay otras alternativas de sistemas de gobierno, desde el ámbito que pueda influir”. Así comenzó Aldo Abram su presentación para los cursantes del CEIDA, el pasado noviembre, en la sede de la SRA, cuyos puntos centrales se presentan a continuación.

■ Yo no creo que los gobiernos populistas sean la única alternativa de los países con mucha pobreza. Creo que los países que generan gobiernos populistas son los que tienen una dirigencia pobre, que no son capaces de asumir una responsabilidad y los costos que tiene cambiar las cosas. Creo que eso es lo que le pasa a la Argentina.

“Cuando uno busca gobiernos paternalistas, también está cediendo derechos. A partir del '30, votamos gobiernos populistas y después los derrocamos. Una irresponsabilidad enorme. Fuimos un país niño”

■ Nuestras instituciones formales son muy buenas. Cuando se creó, nuestra Constitución

tenía un grado de avance que existía en pocos países: el concepto de democracia, de república, el respeto de los derechos, el federalismo. Pero estas instituciones formales nunca lograron encastrarse con las informales, que son las que verdaderamente rigen nuestros comportamientos, nuestra cultura, nuestra forma de pensar, no lograron cambiarlas. Los países serios son los que lo lograron.

■ La tendencia a tener líderes iluminados, el caudillismo, el paternalismo, viene de la época de la colonia. La Generación del '80, que ordenó este país institucionalmente, también tuvo esta tradición, pero estaba formada en nuevas ideas que habían nacido en el mundo y las empezaron a implementar, tal vez por moda. Ni las instituciones ni la forma en que se implementaron eran perfectas, como tampoco en el resto del mundo, pero lo que la Argentina no hizo fue evolucionar, hacer que estas instituciones formales prendieran en la cultura. La educación no tuvo como objetivo formar ciudadanos sino habitantes del país, trató de integrar a la masa de inmigrantes.

■ Podemos ver este desmadre que estamos teniendo como nación en nuestras casas, en cómo no educamos a nuestros hijos. Nuestra generación es muy cómoda, es facilista, así nos criamos. Nos cuesta poner límites, y los límites existen, porque hay normas. Hay que enseñarles

a los chicos que, además de derechos, hay deberes y obligaciones.

■ Cuando uno busca gobiernos paternalistas, también está cediendo sus derechos. Esto, que perdimos de vista, es lo que nos llevó, después del '30, a votar gobiernos populistas, que luego no nos gustaban, entonces tocábamos la puerta de los militares y los volteábamos, y volvíamos a elegir, y así. Un grado de irresponsabilidad enorme. Fuimos un país niño.

■ Después de la terrible dictadura que terminó en 1983, como nación maduramos un poco. Pasamos a ser un país adolescente, en el sentido de que aún no tenemos conciencia de los límites y las realidades. Entendimos por lo menos que es mejor cambiar los gobiernos a través del voto, pero no aprendimos otra parte, tan importante como la democracia, que es el concepto de república. Porque cuando uno vota le está delegando un poder enorme a aquel que eligió para una función pública, y por lo tanto es necesario restringirle sus posibilidades de uso de ese poder. Al dividir el poder en tres, el concepto de república obliga a que los poderes se controlen para que no se extralimiten. Esto no lo hemos podido llevar a la práctica.

■ Votamos gobernantes iluminados a los que hay que darles todo el poder para que nos resuelvan nuestros problemas. Los políticos, que no nacieron de un repollo, piensan lo mismo. Continuamente el Congreso les está delegando facultades a los presidentes. Además, la Justicia también empieza a admitir que se extralimiten en sus funciones. Tenemos que cambiar esta idea de que el fin justifica los medios.

“Votamos gobernantes iluminados a los que hay que darles todo el poder para que nos resuelvan los problemas. Continuamente el Congreso delega sus facultades al Ejecutivo, y la Justicia lo admite”

Sin división de poderes y sin marco republicano, un Estado de Derecho es imposible. No es una cuestión de ideologías. Chile tuvo altísimos niveles de pobreza hasta hace 15 o 20 años; hoy, la mayoría de los indicadores económicos y sociales son mejores que los nuestros. Lo que cambió es que su sociedad y su dirigencia

maduraron y empezaron a respetar los límites, que están en su Constitución. En la Argentina sube un gobierno de izquierda y nos caemos por el precipicio porque no hay límites, sube uno de centro-derecha y nos tragamos la montaña porque tampoco hay límites. De esta forma, nunca vamos a avanzar por el camino.

■ Como dirigencia tenemos que tener claro primero que no es fácil salir del facilismo, y el facilismo nos lleva al cortoplacismo. Cambiar esta sociedad nos va a llevar muchísimo tiempo y esfuerzo.

“Cambiar las ideas de un país es responsabilidad de la dirigencia profesional, intelectual y empresaria. A partir de allí se instalan las banderas que los políticos pueden implementar”

Si el Presidente viola la Constitución es porque puede hacerlo; si nosotros no lo hacemos es porque no estamos ahí, pero todo el tiempo estamos violando normas, siempre con fines loables. De partida hay que cambiar uno mismo, no a la sociedad.

■ Otro vicio nuestro es el individualismo, nos cuesta mucho discutir y consensuar. Cuando se viola el Estado de Derecho, lo que prima es la ley de la selva, y en ella se sobrevive con el individualismo.

■ Cambiar las ideas de un país es responsabilidad de la dirigencia profesional, intelectual y empresaria. A partir de allí se instalan banderas que los políticos pueden tomar e implementar, pues su prioridad es construir poder para poder implementar. No está muerto quien pelea, y alguien tiene que empezar, por eso es que precisamos líderes.

■ Uno tiene que saber que va a pagar costos, y hay que ser consecuente. Un problema que tiene el sector agropecuario para defender sus intereses es que a veces no es consecuente con los principios que esgrime. Ustedes son el sector más eficiente de la economía y su capacidad de generar riqueza no la tiene ningún otro sector. Deben ser consecuentes, a veces renunciando a subsidios, y eso quizá les permita mostrarles a otros sectores que no están peleando solo por lo

suyo. Solos no van a lograr que no los avasallen, y al Gobierno avasallarlos le es rentable desde todo punto de vista, político y económico.